

EL RECUERDO

SEMANARIO DE LITERATURA Y VARIEDADES.

IMÁGEN DEL REDENTOR

I. N. R. I.

Su frente circunda

Corona de espinas,

La sangre colora

Su nítida sien;

Dos clavos horadan sus manos divinas

Que al mundo trajeron el jérmén del bien.

Sus brazos tirantes, turjentes las venas,

Su pecho lanceado

Por fiero Sayon:

Purgando está el Justo

Las culpas ajenas

En crueles torturas

De horrible pasion.

Los hombres le escupen

Le befan, le humillan,

Mutilan su cuerpo,

Le azotan despues;

Las iras provocan

Del Dios que mancillan

Clavándole ¡infames!

A un leño los piés.

¡Qué ejemplo de humildad, Dios del altura!

¡Qué ingrato proceder el de tu hechura!

HERACLIO C. FAJARDO

El autor de esta composicion se propuso principalmente colocar en el correspondiente sitio de la cruz, las palabras que equivalen ó espresan las diversas partes que menciona del cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. Por eso le dió el título de IMAGEN DEL REDENTOR.

DE JESUCRISTO Y DE SU VIDA

(FRAGMENTO DEL GENIO DEL CRISTIANISMO)

Hacia el tiempo de la aparición del Redentor en la tierra, esperaban las naciones algun personaje famoso. "Habíase propagado por el oriente, dice Suetonio, una antigua y constante tradicion de que en Judea se levantaria un hombre y tendria el imperio universal." Tácito cuenta el mismo hecho casi con las mismas palabras. Según este historiador, "la mayor parte de los judios estaban convencidos, según un oráculo conservado en los antiguos libros de sus sacerdotes, que en aquel tiempo (el de Vespasiano) el oriente prevaleceria, y que uno saldria de Judea y reinaria sobre el mundo."

Josefo, hablando de la ruina de Jerusalem, refiere que los judios se determinaron principalmente á la rebelion contra los romanos, por medio de una profecia, la cual les anunciaba que hacia aquella época se elevaria entre ellos un hombre y dominaria el universo. Habíanse cumplido ya las setenta semanas de Daniel, ó los cuatrocientos noventa años desde la restauracion del templo. Orígenes, despues de haber referido estas tradiciones de los judios, añade "que un gran número de ellos reconocieron en Jesucristo el libertador prometido por los profetas."

Preparaba el cielo entre tanto los caminos del Hijo del hombre, y las naciones que estaban desunidas mucho tiempo habia en costumbres, gobierno y lenguaje, mantenian enemistades hereditarias, cuando hé que cesa de repente el estruendo de las armas, y los pueblos reconciliados vienen á confundirse con el pueblo romano.

Por una parte habia llegado la religion y las costumbres á aquel grado de corrupcion que produce forzosamente una mudanza en las cosas humanas, y por otra los dógmas de la unidad de un Dios y de la inmortalidad del alma comenzaron á estenderse. (*) Así se abrieron los caminos á la doctrina evangélica que una lengua universal iba á propagar por todo el mundo.

(*) "A menos que á Dios no plazca enviaros alguno para instruiros de parte suya, jamás os prometais el acierto en el designio de reformar las costumbres de los hombres." (PLATON, *Apología de Sócrates*). El mismo filósofo despues de haber probado que la piedad es la cosa que más se desea en el mundo, añade: "pero ¿quién fuera capaz de enseñarla, si Dios no la sirviese de guía?" (Diálogo titulado *Epinomis*.)

Componíase aquel imperio romano de naciones las mas salvajes, las otras civilizadas, y la mayor parte infinitamente desgraciadas: la sencillez de Cristo para las primeras; sus virtudes morales para las segundas, y para todas su misericordia y su caridad eran medios de salud de que el cielo usaba, y con tanta eficacia, que pasados dos siglos despues de la venida del Mesias, decia Tertuliano á los jueces de Roma: "Nuestra existencia empezó ayer, y ya lo llenamos todo, vuestras ciudades, vuestras islas y vuestras fortalezas, vuestros campos y colonias, vuestras tribus y decurias, vuestros consejos, el palacio, el senado y el foro: tan solo os hemos dejado los templos: *Sola relinquimus templa.*"

A la grandeza de los preparativos naturales se agregó el esplendor de los prodigios. Aparece en el Oriente una nueva estrella, Gabriel descende hacia Maria, y un coro de espíritus bienaventurados canta en lo alto de los cielos: *¡Gloria á Dios! paz á los hombres!* Estiéndese de repente la voz de que el Salvador ha nacido en la Judea, no entre púrpura, sino entre el humilde asilo de la indigencia; no ha sido anunciado á los grandes y á los soberbios, sino que los ángeles le han revelado á los pequeños y á los sencillos: no ha reunido al rededor de su cuna á los afortunados de la tierra, sino á los desgraciados, y por este primer acto de su vida se ha declarado con preferencia el Dios de los miserables.

Detengámonos aquí para hacer una reflexion. Veamos desde el principio de los siglos á los reyes, los héroes, los hombres famosos llegar á ser los ídolos de las naciones. Pero hé aquí que el hijo de un carpintero en un rincón de la Judea, es un modelo de dolores y de miseria; afrentado publicamente en un patíbulo: escoje sus discípulos de entre la infame plebe, no predica mas que sacrificios, renuncia las pompas del mundo, el placer y el poder; prefiere el esclavo al señor, el pobre al rico, el leproso al sano, y todo lo que llora, lo que tiene padecimientos, todo lo que se vé abandonado del mundo constituye sus delicias, amenazando por el contrario al poder, la fortuna y la felicidad.

Establece entre los hombres relaciones nue-

vas, un nuevo derecho de gentes, una nueva fé pública, y triunfando así de la religion de los Césares, se sienta en su trono y llega á sojuzgar la tierra. No, aun cuando la voz del mundo entero se levantara contra Jesucristo, aunque todas las luces de la filosofía se reuniesen contra sus dogmas, jamas se nos persuadirá de que es una religion humana la que se funda en semejante base. El que ha podido hacer adorar á una cruz, el que ha ofrecido á los hombres para objeto de culto la humanidad doliente y la virtud perseguida, este mismo, lo juro, no puede dejar de ser un Dios.

Aparece Jesucristo en medio de los hombres, lleno de gracia y de verdad, y la autoridad y la dulzura de su palabra arrastran los corazones. Viene para ser el mas desgraciado de los mortales y todos sus prodigios son á favor de los desventurados. Sus milagros, dice Bossuet, tienen mas de bondad que de poder. Para inculcar sus preceptos escoge el apólogo ó la parábola que se graba facilmente en el ánimo de los pueblos, y andando por los campos dá por todas partes sus lecciones. Al ver las flores de la campiña exhorta á sus discípulos á que confíen en la Providencia que sostiene la débil planta y alimenta al pajarillo; descubriendo los frutos de la tierra, enseña á juzgar al hombre por sus obras; se le presenta á un niño y recomienda la inocencia; encontrándose en medio de los pastores se dá á sí mismo el título de *pastor de las almas*, y se le representa llevando en hombros una oveja descarriada. En la primavera se sienta en una montaña; de los objetos que le rodean, saca argumento con que instruir á la multitud que le cerca, y del espectáculo mismo de aquella multitud pobre y desgraciada hace nacer sus bienaventuranzas. *Bienaventurados los que lloran, bienaventurados los que tienen hambre y sed*, etc. Los que observaren estos preceptos y aquellos que los desprecian, son comparados á dos hombres que construyen dos casas diferentes, el uno sobre un peñasco, y el otro sobre arena movediza. Cuando pide agua á la muger de Samaria, la pinta su doctrina bajo la bella imágen de un manantial de agua viva.

Los mas implacables enemigos de Jesucristo jamas se han atrevido á impugnar su divina persona. Celso, Juliano, Volusio, todos confiesan sus milagros, y Porfirio refiere que

los mismos oráculos de los paganos le apellidaban hombre ilustre por su piedad. Tiberio quiso ponerle en la clase de los dioses; y según Lapridio, Adriano le erigió templos, y Alejandro Severo le reverenciaba con las imágenes de las almas santas entre Orfeo y Abraham; Plinio dió un ilustre testimonio de la inocencia de aquellos primeros cristianos que observaban de cerca los primeros ejemplos del Redentor. No hay filósofo alguno de la antigüedad á quien no se haya echado en rostro algun vicio; hasta los patriarcas han tenido debilidades; Cristo es el único sin tacha, siendo así la copia mas brillante de aquella belleza soberana que reside en el trono de los cielos. Puro y sagrado como el tabernáculo del Señor, respirando tan solo el amor de Dios y de los hombres, siendo infinitamente superior á la gloria vana del mundo, por en medio de los dolores proseguia el grande negocio de nuestra salvacion, obligando á los hombres por el ascendiente de sus virtudes á abrazar su doctrina, y á imitar una vida que se veian precisados á admirar.

Su carácter era amable, ingénuo y tierno; su caridad sin límites. De ella nos dá el apóstol una idea en dos palabras: *Iba haciendo bien*. Su resignacion á la voluntad de Dios resplandece en todos los momentos de su vida. Amaba, conocia la amistad: Lázaro, el hombre que sacó del sepulcro era su amigo; por el sentimiento mas grande de la vida fué por el que hizo su mayor milagro. Fué tambien un modelo del amor á la patria: *Jerusalen, Jerusalen*, esclama, pensando en el juicio que amenaza á esta ciudad culpable; *he querido reunir tus hijos, así como la gallina junta sus pollos bajo sus alas; pero tú no lo has querido!* Echando desde lo alto de una colina sus miradas sobre aquella ciudad condenada por sus crímenes á una horrible destruccion, no pudo contener sus lagrimas: *Vió la ciudad, dice el apóstol, y lloró!* No fué menos admirable su tolerancia cuando sus discípulos le rogaron que hiciese bajar fuego del cielo sobre un pueblo de samaritanos que le habia negado la hospitalidad, á lo cual respondió con indignacion: *No sabeis lo que pedís!*

Repetia á cada instante: *Amaos los unos á los otros*. *Padre mio*, esclamaba viéndose en poder de los verdugos, *perdonadlos porque no saben lo que hacen*. Al separarse de sus ama-

dos discípulos, de repente prorrumpió en llanto, esperimentó todos los horrores del sepulcro, las angustias de la cruz, corrió por sus divinas mejillas un sudor de sangre, se quejó de que su padre le habia abandonado, y cuando el ángel le presentó el cáliz: *¡Oh Padre mio! dijo; aparta de mí ese cáliz, si es posible; pero si debo beberle, hágase tu voluntad.* Y entónces fué cuando salieron de su boca aquellas palabras que espresan lo agudo de su dolor: *Mi ánima está triste hasta la muerte.* Ah! si la moral mas pura y el corazon mas tierno, si una vida pasada en combatir el error y en

aliviar los males de los hombres son los atributos de la divinidad, ¿quién puede negar la de Jesucristo? Siendo un modelo de todas las virtudes, la amistad le vé dormido en el seno de san Juan, ó encomendando su madre á este discípulo: la caridad le admira en el juicio de la muger adúltera; por todas partes le halla la piedad bendiciendo la aficcion del desdichado; su inocencia y su candor se manifiestan en su amor á la niñez; brilla la fortaleza de su alma en medio de los tormentos de la cruz, y su último suspiro es un suspiro de misericordia.

VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND.

ELEGIA

EN EL VIERNES SANTO.

Arranca, oh lira, con tus sonos llanto,
Llanto á mis ojos de llorar cansados
Que alivie el pecho de letal quebranto
Y humedezca mis párpados quemados.

Negros crespones como mi alma viste
Desnuda de tu fútil ornamento;
Y en compas melodioso, vago y triste,
Blanda acompaña mi dolido acento.

Aparta con tu mano, Virgen pia,
Pensamientos profanos de mi mente;
Déjale solo en este aciago dia
La imágen de Jesus, tu hijo, paciente.

Él allí está: clavado en un madero,
Vertiendo sangre de su pecho herido,
Los ojos fijos con amor sincero
En el pueblo que en él fiero ha escupido!

¡ Oh bondad de mi Dios inimitable!
¡ Oh portento de amor y de ternura!
¿ Y eres tú que en patíbulo execrable
Recibes cruel y criminal tortura?

¿ Y han podido los hombres enclavarte
Con frenético y torpe desvario?
Y, sin tu ira temer, la muerte darte,
A tí, su Redentor, á tí, Dios mio!

¡ Oh humanidad impróvida, obcecada!
¡ Qué son tu pompa y poderio! — ¡ NADA !!

¡ Oh ejemplo de humildad! tú que del cieno
En un raptó de amor el hombre hiciste,
Ahora inclinas tu frente de amor lleno
Ante el protervo que con furia embiste!

Le contemplas con rostro lastimoso
Hincar su lanza en tu real costado,
Y dices á tu padre, cariñoso:
Perdónalo, Señor, que ciego ha errado.

¡ Hombres, hombres impróvidos, livianos,
Que del crimen seguís la senda impura,
Que en pensamientos rebosais insanos
Y en sed impía que no tiene hartura;
Déspotas, reyes, próceres, tiranos
Que gozais del vasallo en la tortura:
Ved moribundo al Dios crucificado
Que bajó á redimir nuestro pecado!

Vedlo de sangre y de baldon eubierto
Pidiendo, en pago de feroz violencia,
Al Padre Eterno que el dichoso puerto
Nos abra del perdon y la clemencia;
Vedle por fin agonizante muerto!
Y decid si no os mueve la conciencia
La humildad del Señor de las Alturas
Ante vosotros, miseras criaturas

Que imbuidas de estéril vano orgullo
La altiva frente hasta su trono alzais,
Y del poder al transitorio arrullo
Imbéciles y ciegos le insultais;
Que del aura al gozar en el murmullo,
Impróvidos mortales, olvidais
Vuestro cadáver una tumba espera,
Y la justicia de ese Dios, severa,

Vuestra alma juzgará; que hay un infierno
De llamas devorantes y de penas
Donde castiga en padecer eterno
A los mortales cuyas almas llenas
De crímenes y vicios, sin gobierno,
Sus leyes pisan saludables, buenas,
Y á carnales instintos dando riendas
Hacen de la virtud al vicio ofrendas!

.....
.....

Señor: veme á tus plantas
Sufrir bañado en lloro!....
Piedad, Señor, te imploro,
Piedad, del pecador!
Sus faltas, ay! son tantas
Que solo en fuego eterno
Purgar podrá el averno
Sin tu piedad, Señor!

En tu bondad suprema
Sus mentes ilumina,
Sus almas encamina
A la mansion del bien;
Disuelve el anatema
Que sobre nos fulminas!....
No trueques en espinas
Las flores de tu Eden!

Sí! vuelve los perdidos
Corderos al rebaño;
Haz vean el desengaño
De su funesto error;
No dejes que encendidos
En criminales fuegos
Insulten ¡pobres ciegos!
Tu majestad, Señor!

Oh! rasga el ancha venda
Que su pensar limita,
Que ruin le precipita
Dó la impureza está:

Y aquel que te comprenda
Cual eres, grande y bueno,
Sabrá ponerse un freno,
Te loará, Jehová!

Sabrá que la existencia
Solo es aurora, guía
De aquel supremo día
De juicio y equidad;
Que imágen es, la esencia
De aquesa vida breve,
Del premio á que optar debe
Por una eternidad!....

Y así lo fútil viendo,
Lo instable, lo liviano
Del poderio humano,
Su orgullo y su esplendor;
Su hechura comprendiendo
Y la mision que encierra,
Se hará digno en la tierra
De tu mansion, Señor.

Mas, ay! mi Dios, te veo crucificado
Y al hombre riendo de tu cruel tortura!...
Y qué ejemplo mejor le hubieras dado
Que tornarte á su imájen criatura?....
Enseñarle tu cuerpo mutilado
Y decirle aun con celestial dulzura:
*Yo soy tu Dios y sufro que me infames
Para que aprendas á sufrir y me ames!*

¿Qué leccion mas grandiosa y saludable
Pudieras darle, Redentor del mundo?
Qué abnegacion mas grande é inimitable
Podria esperarse de tu amor profundo?
¡Oh humanidad impróvida y culpable
Que solo cuidas del deleite inundo!
Tamaña abnegacion, tal beneficio
Pagas con negra ingratitud y vicio?!!

.....
.....

Dáme llanto, Señor; llanto abundante }
Vierten mis ojos de llanto cansados
Que desahogue la angustia sofocante
Y humedezca mis párpados quemados;
Haz de mi alma manar llanto bastante
A lavar de los hombres los pecados;
Que un vasto mar de lágrimas yo brote
Y tan solo al morir este se agote!

—Dáme, Señor, también potente acento
Para cantar, y al hombre desviado
Alumbrar el oscuro entendimiento
Y mostrarle el abismo del pecado.

Ilumina á la par mi pensamiento
Haciéndole á los mas privilegiado
Para elevarte, oh Dios de las Alturas,
Por los mortales, mis plegarias puras.

HERACLIO C. FAJARDO.

MARIA

En la cumbre del Gólgotha se mira,
El leño santo do espiró Jesus;
Hermosa una muger gime y suspira,
Guardando el pié de la divina Cruz.

¿ Quien es esa muger que en triste duelo,
Muestra de su alma el sin igual dolor?
¿ Es acaso mortal? ¿ és de este suelo
Su imponderable y entusiasta amor?

¿ O és algun ángel que con forma humana
De su alto trono nos enviára Dios,
Para que lllore de la raza humana.
Su horrendo crimen, su barbarie atroz?

Es mas hermosa que la blanca luna,
Pura como el acento del Señor;
Nunca en la tierra ví belleza alguna
Ni mas hermosa ni con mas dolor.

Es la madre de Dios, la vírgen pura,
Que le plugo en sus juicios elegir;
Radiante como el sol en hermosura,
Imposible al mortal de describir.

Es la inocente y celestial MARIA,
Llorando el hijo de su casto amor:
¡ Mortales inclinad la frente impia,
Su llanto respetad y su dolor!

FERMIN FERREIRA Y ARTIGAS.

SEMANA SANTA.

Estamos en esos dias en que la Iglesia conmemora con luto y solemnidad la crucifixion del Redentor del Universo.

Los pueblos cristianos patentizan en las sublimes ceremonias de estos dias, el grado de su cultura y de sus sentimientos religiosos.

Aquellas ceremonias traspiran un místico perfume y una dulce melancolía que impregnan blandamente el corazon de los fieles, llamándoles á llenar el enlutado templo.

Los hermosos é innumerables que hay en esta ciudad estarán llenos, á juzgar por la asistencia que han tenido durante toda la quaresma.—Esto hace honor al pueblo bonaerense, que acudiré solícito al llamado de la Iglesia.

No somos fanáticos: somos cristianos por educacion, por creencias y convicciones.— Creemos que la primera virtud de un pueblo, es la de ser religioso; y mas de un pueblo cristiano: porque en la observancia de los preceptos evangélicos se reasumen todas las virtudes del hombre, todas las afecciones sagradas de la vida.

La iglesia solemniza en este dia el episodio mas patético de la sublime epopeya que representa el evangelio. Ante esa solemnidad, bajamos los primeros nuestra frente al peso de la triste recordacion de los atroces sufrimi en

tos del Salvador en la cruz. ¡ Es tan elocuente este signo de redencion! Las brevísimas palabras que sobre él pronunciara acongojado el Hombre Dios, son el compendio divino de su doctrina inmortal y llenan el espíritu del fiel que las recuerda con la mas santa admiracion y el mas profundo respeto.

Doblemos, pues, nuestro cuello ante ese imponente recuerdo; y con la mano en la conciencia, reconozcamos nuestra miseria, nuestra ingratitud para con aquel que nos dió el mas grandioso ejemplo de amor, de humildad, de entereza y abnegacion: para con Dios crucificado! ¡ Que ante estas tristes reflexiones, en que resaltan nuestra pequeñez y su grandeza, agite nuestro labio una oracion fervorosa y brote á nuestros ojos una lágrima de arrepentimiento!

.....
Hemos anticipado la aparicion de la presente entrega de nuestro semanario, porque quisimos darle un carácter principalmente religioso. Contribuimos así á la solemnidad de las ceremonias de este dia, y dejamos á Buenos Aires un recuerdo de nuestro celo cristiano.

Haciendo justicia á los sentimientos piadosos de nuestros abonados, creemos no merecer mas que su aplauso por esta anticipacion.

H. C. F.

LAS RIVALES

(Continuacion.—Véase páj. 61.)

V.

Retrocedamos.

Lorenzo acababa de separarse de Ernestina, cuando pedía á la madre de Hada y se interesaba ante esta por una orden que llenar en su inmediata ausencia.

Los hombros del jóven estaban impregnados aun en la fragancia de la cabellera del ángel; sus ojos fascinados aun por una lumbre abrasadora; todavia aspiraban sus labios el hálito de la vírgen.

Ernestina tenia un padre tirano, y la débil víctima de la opresion paterna armóse al fin de la heróica energia que le inspiraba un amor entrañable: drohibíasele hablar con Lorenzo desde que sus simpatias fueron traslucidas, y el amor no puede soportar una condena tan bárbara; habló, se vió con él del único modo posible—solos

Hada hubiera muerto si hubiera descifrado todo el enigma de aquella carta.

Era la tarde en que fué escrito aquel papel, cuyos caracteres emponzoñaron el alma virginal de Hada. La luz ténue é incierta de los últimos momentos del crepúsculo, dejaba apenas distinguir confusamente los árboles de un jardín. Una puerta, condehada hasta allí, dió paso á una persona cuyo rostro ocultaba el embozo de la capa. La puerta volvió á cerrarse.

Unos instantes despues Ernestina y Lorenzo estuvieron juntos.

Pálida ella y poseida de una emocion intensa, era mas hermosa que nunca. Su talla elegante y sus perfectas formas dibujadas por un aristocrático traje negro, la daban un aire de majestad que embelesaba; su rica cabellera, su cabellera de reina caía sobre la espalda, como siempre en multitud de rizos; sus ojos, ah! especialmente sus ojos, brillaban, como dos astros de amor, al traves de las sombras de la noche. . . .

Si existieran ateos, proclamarían á Dios ellos mismos, al sentir la inmensa felicidad que nos concede en el amor de un ángel.

Ambos se sentaron bajo un cenador. Lorenzo tomaba entre las suyas las manos de la jóven, y descreía aun de tanta felicidad.

¡Pobre Hada! si no ambicionáras otra cosa

que el recuerdo de la amistad, ni esa ambicion sería colmada: ¿cómo pensar en tí los que en esos instantes se olvidaban del mundo?

Hay momentos de felicidad que no tienen descripción: no solo es imposible definir el sentimiento; muchas veces es tambien imposible explicarlo. Hemos dicho muchas veces que la palabra mata el placer, y si esto no es exacto, á lo ménos lo profana. Por una razon semejante no nos atrevemos á describir una escena, cuyo encanto está reservado únicamente á la vista del Eterno.

.....

Ernestina y Lorenzo se separaron.

Unos momentos despues fué cuando Hada pasó su mirada celestial sobre los ojos distraídos de este hombre; esto es, reflejó toda su espiritualidad, todo su encanto, sobre un órgano insensible, porque los ojos de Lorenzo no veían; su espíritu habia quedado bajo el cenador del jardín; él no miraba sino la régia cabellera de otra muger; él no escuchaba sino las últimas palabras de otra muger—*souviens-toi de moi!* Este hombre estasiado no comprendía á Hada.

VI.

Una fiebre violenta devoraba la existencia de la bella y apasionada huérfana. Durante la noche habia nombrado á Lorenzo en muchos instantes de delirio, pero no habia pronunciado una palabra respecto á la carta. Desolada la madre esperaba el dia para recurrir á un facultativo. Algunas veces creyendo calmar la fiebre de su hija, comprendiendo el afecto de esta como una amistad íntima, la habia mostrado el retrato de su protector. La infeliz acrescentaba el mal sin saberlo; Hada se incorporaba, concentraba su atencion, fijaba sus ojos sobre aquel retrato, oprimía el corazón con ambas manos, y volvía á caer dando un grito.

Alarmada con la noticia de esta pronta enfermedad, Ernestina voló al dia siguiente á casa de su amiga. Hada seguía empeorando. Hizose anunciar la primera para evitar una sorpresa; pero apenas oyó su nombre, la enferma quiso bajar del lecho, mirando asustada

hacia la puerta por donde debía entrar, y antes que pudieran contenerlo, aquel cuerpo de quince años rodó por el suelo, tocando el polvo sus semi-desnudas y delicadas formas.

El desmayo había vuelto, cuando la subieron al lecho.

Ernestina entró y se precipitó sobre el cuerpo de su querida que estrechó largo rato; pero al ir a besar la frente se detuvo como repeleído por una mano de acero.

¿Qué objeto la sorprendía? ¿Por qué la mutación rápida de sus facciones?... Sus ojos habían visto el retrato de Lorenzo junto al pálido rostro de la encantadora Hada.

Ernestina dió algunos pasos atrás mas pálida que la desmayada; paseó su mirada de mente entre aquel retrato y su amiga, llevándola á un raciocinio cruel la comparacion de estos objetos.

—¿Qué! se decía interiormente, él conoce á Hada?... Esa enferma.... ese retrato.... ¡cielos!

Ernestina retrocedió aun, dejándose caer sobre un sillón.

—Un momento, señora, un momento, dijo dirigiéndose á la madre de Hada.

La señora miró al doctor quien contestó indicando que podia separarse.

—Decidme, señora, continuó Ernestina, sabéis cómo ha obtenido vuestra hija aquel retrato? En nombre de la amistad os ruego que no me lo ocultéis.

—No tengo dificultad, señorita, contestó la inocente madre, interpretando el interes de la amiga en la espresion lúgubre de la rival; es un regalo de Lorenzo....

En ese instante Hada hizo un movimiento. Rápida como una exhalacion Ernestina salió de la pieza ínter la señora acudía á la enferma; su madre la aguardaba en la pieza contigua; díjola que se sentía indispuesta, mala; subieron ambas al coche y partieron al instante.

Cuando Hada volvió en sí miró en derredor.

—¿Dónde está? preguntó con voz apagada.

Dijéronla que se la había llevado su madre, porque se sentia enferma. Hada cubrió su rostro con ambas manos y prorrumpió en sollozos.

Crecía la fiebre: á tal paso pronto cubriría la tierra á aquella azucena virgen.

VII.

Lorenzo había sido educado desde la edad de cinco años en un pueblo de campaña, confiado á la tutela de un amigo de su padre, quien se le decía que viajaba por Norte-América para distraerse del hondo pesar que le ocasionára la pérdida de una esposa. En la época á que nos referimos Lorenzo seguia sus estudios en Montevideo. Dos dias antes de su partida para Buenos Aires había recibido de su segundo padre la siguiente carta:

“M..... 3 de setiembre de 1853.

“Lorenzo, prepárate á una gran alegría. Acabo de recibir cartas de una persona llegada á Buenos Aires el 28 del pasado; cartas muy satisfactorias y que completan mi felicidad al anunciarme la aguarda á mi querido Lorenzo.

“Debes hallarte en aquella ciudad el 10 de setiembre, calle de... N.º 30, á las 12 del dia. Te prohibo que leas la inclusa hasta que desembarques en Buenos Aires: en ella leerás lo que no puedo decirte ahora.”

Eran las doce y media del 10 de setiembre, y Lorenzo había abrazado ya á su padre. Después de satisfechas las primeras exigencias del recíproco amor, hubo un momento de silencio, en que ambos se miraban como queriendo sondear en sus corazones algun arcano secreto. Tal vez el pensamiento de ambos corria por la confusa region del pasado, con la diferencia que Lorenzo vagaria en una época mucho mas cercana. De repente la luz de una idea parece que desvió la imaginacion del padre.

—Lorenzo, dijo, he demorado tanto en verte que sin duda al separarte de Montevideo otra afeccion me ha disputado allí las emociones de tu alma. Pero el cielo quiere tambien que contribuya á mi felicidad esto que debía serme un castigo. Debo partir muy pronto para Inglaterra y ambiciono mas dicha antes de esa separacion: ¿no me tienes destinada alguna hija?—sé franco; tu eleccion es la mia.

CÁRLOS A. FAJARDO.